



Jorge Camacho

University of South Carolina, Columbia.
camachoj@mailbox.sc.edu

El Poder del Archivo en *El negro Francisco de Antonio Zambrana*.

The Power of the Archive in *El negro Francisco* by Antonio Zambrana.

Resumen

Durante el siglo XIX aparecieron en Cuba un conjunto de novelas de tema negro catalogadas de antiesclavistas que hablan de la violencia del sistema, de la sexualidad, y los efectos que la esclavitud causaba en la población blanca de la Isla. Entre las obras más importantes de este periodo están *Sab* (1841) de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *Cecilia Valdés* ([1839] 1882) de Cirilo Villaverde, que se publicaron fuera de la Isla por la censura del gobierno. En este ensayo me propongo estudiar una novela de la generación posterior que ha sido poco comentada, *El negro Francisco* (1875) de Antonio Zambrana y Vázquez, para entender la importancia del Archivo jurídico, antropológico y periodístico en esta novela. ¿Cómo Zambrana utiliza estos textos y estilos para atacar la esclavitud en Cuba? ¿Cómo se representa la voz autoral dentro de institución que comenzó a raíz de la conquista y que continuó en el siglo XX con novelas como *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier? Para ello me apoyaré en las ideas de Roberto González Echevarría en *Mito y Archivo, una teoría de la narrativa latinoamericana*, que a su vez retoma ideas de la antropología crítica norteamericana para interpretar el siglo XIX latinoamericano.

Palabras claves

Cuba, antiesclavismo, novela, Archivo, justicia, autoridad.

Abstract

During most of the 19th century, an important body of literary works appeared outside of Cuba criticizing the institution of slavery on the island, the system's inherent violence, its sexual practices, and its repercussions on the white population. Among the most famous works published at the time were *Sab* (1841), by Gertrudis Gómez de Avellaneda, and *Cecilia Valdés* ([1839] 1882), by Cirilo Villaverde. In this essay, I would like to explore a lesser known

novel that was published by a Cuban writer of the following generation—*El negro Francisco* (1875), by Antonio Zambrana y Vázquez—in order to understand the principal role of the legal and anthropological archives in the novel, as well as the author’s use of newspaper reports and advertisements. How are these texts and styles intertwined in the novel to criticize institutional slavery on the Island? How does the authorial voice appear in the novel when we consider a tradition present since the beginning of the Spanish Conquest of the Americas—which reached the 20th century with novels such as *Los pasos perdidos* (1958) by Alejo Carpentier? I would base my arguments on Roberto González Echevarría’s interpretation of Latin American novel in *Mito y Archivo, una teoría de la narrativa latinoamericana*, in which he employs basic concepts of US critical anthropology in order to re-interpret various aspects of 19th century Latin American history.

Keywords

anti-slavery, novels, archive, justice, newspaper, Zambrana, Cuba.

Según Antonio Zambrana y Vázquez, cuando era niño asistía a las tertulias en la casa de su tío, y fue allí que escuchó al escritor cubano Anselmo Suárez y Romero leer parte de su novela para entonces inédita, *Francisco*. La lectura de aquellas páginas, dice, no tenía la intención de ser un “poema,” sino una “acusación” contra personas específicas en la sociedad cubana. Afirma recordando el niño que era entonces, que mientras escuchaba al escritor leer su novela “sufrió un deslumbramiento [...] Adoptó en su interior la resolución irrevocable de no ser cómplice en ello de ninguna manera i de consagrar en la primera ocasión oportuna su sangre i su alma a borrar de la frente de Cuba la mancha ominosa” (viii). Es decir, la esclavitud. Años después, en 1891, Martí recordaría un acontecimiento similar, que también tenía que ver con los horrores de la esclavitud en la isla. Recuerda que de niño vio a un esclavo “colgado en el seibo del monte” y desde entonces juró “lavar con su sangre el crimen” (XVI, 106). Ambos juramentos, a pesar de ocurrir en momentos diferentes, tenían propósitos políticos muy similares, y tenían en común el rechazo de la esclavitud por parte de los intelectuales independentistas—la cual no fue abolida de forma definitiva hasta 1886, once años después de que Zambrana publicó *El negro Francisco* y a penas cinco años antes que Martí sacó de la imprenta sus Versos sencillos. ¿Cómo se inserta entonces estos textos dentro del cuerpo de obras que criticaron la esclavitud en Cuba? ¿Con qué “autoridad” hablan? En lo que sigue me interesa responder estas preguntas haciendo hincapié en lo que llamo “el poder del archivo” en la novela de Zambrana, y por

“archivo” me refiero a la tradición que comenzó en la época colonial, según Roberto González Echevarría en *Mito y Archivo, una teoría de la narrativa latinoamericana*, y se generó en función de tres manifestaciones del discurso hegemónico de Occidente: la ley colonial, los escritos científicos y la antropología (236). En las novelas antiesclavistas cubanas, argumento en este ensayo, emerge una voz autorizada por el archivo en las narraciones de Anselmo Suárez y Romero y Antonio Zambrana, una voz que ya estaba presente en la *Autobiografía* (1937) de Francisco Manzano, y que funge igualmente como una denuncia del régimen colonial esclavista. Estas novelas tratan acerca de las repercusiones de tal régimen sobre los esclavos y los hacendados blancos en Cuba, acerca de las creencias, las genealogías, la sexualidad y la violencia de los amos. Incluso, las novelas comunican un conocimiento vivencial de la situación: en el caso de Anselmo Suárez y Romero, este era dueño de esclavos; en el de Manzano, este cuenta los sufrimientos a manos de su ama. En ambos casos, el ser testigo autoriza las voces narrativas. En tal sentido, la novela antiesclavista compartirá algunas estrategias y objetivos de la narrativa latinoamericana del siglo XX, cuyos autores visitaron o vivieron en los lugares de los que hablan en sus obras, y derivan su conocimiento de la cultura local, de su experiencia de haber estado allí, y de narrarlas. En las palabras de González Echevarría, “estos libros suelen ceñirse a las prácticas del siglo XIX. La mediación antropológica es evidente tanto en los relatos sobre la creación de cada novela como en el texto real” (216). ¿Cómo aparece este doble proceso de creación en la narración del cubano?

Primeramente, en *El negro Francisco* (1875), Zambrana centra su interés en la relación entre el “niño” de la casa, blanco, Carlos Orellana, y dos negros de la servidumbre doméstica, Camila y Francisco. Carlos desea tener relaciones sexuales con Camila, pero esta prefiere al esclavo, razón por la cual Carlos Orellana manda a Francisco al ingenio, y obliga a Camila a tener relaciones con él. Desde un inicio, por tanto, la novela se plantea como la lucha de dos fuerzas antagónicas: por un lado, la lujuria del amo; por el otro, el amor entre los dos esclavos, que se vuelve imposible bajo el ojo del primero. Al final, ambos mueren, Francisco por

suicidio y Camila presumiblemente después de regresar a La Habana. En este esquema, la narración sigue el modelo de otras novelas del grupo de Domingo del Monte, en las cuales el esclavo es un ser pasivo que se “auto-desprecia” mientras es maltratado por el amo (Williams *The Representation* 126). Francisco representa el “negro bueno”, un avatar del “buen salvaje” de la literatura anticolonial, crítica de la modernidad, en las obras del fraile dominico Bartolomé de las Casas, y de los filósofos iluministas como Jean Jacques Rousseau. Por eso, Francisco es un modelo ideal del hombre frente al amo blanco, y, a pesar de su origen africano, habla castellano sin asomo de lengua “bozal”. Las razones para tal omisión pudieran ser las mismas que en la novela de Anselmo Suárez y Romero, quien tampoco le hace decir a Francisco modismos que no fueran propios de la lengua española, ya que para esta época la lengua bozal que hablaban los recién traídos de África era utilizada para ridiculizarlos, como ocurría en el teatro bufo, que mostraba una imagen bufonesca, prejuiciada y racista de los descendientes de africanos. Zambrana, por el contrario, procuraba que los diálogos entre los amantes se acercaran lo más posible a la experiencia del lector, no a la realidad de los ingenios de Cuba, ya que recordemos que esta novela se publicó en Chile y de este modo se asegura de que las palabras con trazas del lenguaje africano no fueran un impedimento para la comprensión de la trama o de la realidad que trata de mostrar el texto. Todo esto crea una empatía en el público lector frente a Francisco, quien ve sus sentimientos como verdaderos y su amor por Camila como ejemplar para los blancos. En sus conversaciones con Camila, Francisco llega a contarle sobre su vida anterior en África, de las “salvajes luchas que cobijaron su infancia”, de los ritos “singulares i fantásticos que prescribía la religión de sus padres” y los refranes e historias melancólicas y enérgicas que contaba algún anciano en el grupo (66). Durante la guerra de independencia de Cuba de 1868, el autor tuvo la oportunidad de escuchar de primera mano estas ceremonias y relatos y asume la voz del narrador para contar que:

Nosotros que durante la guerra de Cuba hemos tenido la oportunidad de asistir a estas ceremonias, sentimos no poder encerrar en algunas líneas una idea completa de la elocuencia salvaje i poderosa que hay en estas leyendas místicas, obra de un patriotismo que el espectáculo de la civilización no extingue. (66)

Estas intromisiones del autor en la narración pretenden autorizar el discurso novelesco ya que la historia que cuenta está basada en su experiencia personal y en el haber convivido por tanto tiempo con los antiguos esclavos en la manigua cubana. Al igual que en la novela de Anselmo Suárez y Romero y en los poemas de José Padrines, Cárdenas Rodríguez y otros, hay un intento de convencer al lector de la injusticia inherente de la institución esclavista a través de la voz de un testigo. Además, se pretende ilustrar un hecho real, ya que como dice Zambrana en la introducción de la novela, la realidad siempre supera la literatura, más aún cuando la novela trata de pintar un cuadro angustiante y motivar al lector a que abogara a favor de una causa justa, que era la causa por la que luchaban los cubanos independentistas como el mismo Zambrana. Desde que comenzó a escribir su novela, Suárez y Romero dedicó más tiempo a observar a sus esclavos y pasaba temporadas enteras en la plantación. Incluso, como también menciona Antonio Zambrana en la introducción, el relato de Suárez y Romero, publicado en Nueva York cinco años después de aparecer la novela de Zambrana en Santiago de Chile, está basada en hechos reales, y su intención era “acusar” a las personas vivas que habían causado aquel agravio. *El negro Francisco* debía plantearse un objetivo similar, y dar testimonio de la realidad tal y como era. Pretende elaborar un documento verídico o al menos verosímil de los maltratos que sufrían los negros bajo el sistema esclavista.

¿Cómo logra el autor este objetivo? Recurre a la autoridad del testigo ocular, al igual que cuenta su experiencia en la manigua conviviendo con los esclavos, echa mano de textos del archivo periodístico y anécdotas jurídicas, estas últimas creando una constante tensión en la novela entre la realidad y la fantasía, o entre la

experiencia de autor y la ficción, una tensión trazable en muchos de los textos coloniales que explicitan un propósito político, como la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de fray Bartolomé de las Casas. Esta forma de contar se repetirá, por consiguiente, en *El negro Francisco*, en cuyo discurso se entrecruzan varias formas narrativas con el fin de documentar la violencia de los años desde el punto de vista histórico y antropológico. Un ejemplo es un anuncio publicitario sobre la venta de dos esclavas y dos yeguas canadienses. Dice el narrador:

En un discurso que pronunciamos en el teatro Municipal de Santiago tuvimos oportunidad de citar el siguiente anuncio de un periódico de la Habana, comentado ya en el parlamento español: “se vende una pareja de yeguas del Canadá i dos esclavas madre e hija, las yeguas juntas o separadas, -las negras, la madre i la hija, separadas o juntas. (19)

De un instante al otro, el narrador pasa de describir una escena en la novela y de hacer un comentario sobre la vida de los esclavos en Cuba, a hablar en primera persona de un anuncio que leyó en Cuba. El anuncio habla, por un lado, del intenso tráfico de esclavos en la isla, donde era común anunciar la venta de hombres, mujeres y niños en los periódicos. En periódicos como en el *Diario de la Marina*, por ejemplo, la cuarta página estaba dedicada a estos clasificados divididos en diferentes secciones con títulos como “Ventas de fincas y establecimientos”, venta “de esclavos”, o “negros, negros”, “máquinas” y “animales”. Unos y otros eran objetos de compra y venta lícita, de consumo, sosteniendo diferencias superficiales de clasificación. El anuncio que cita Zambrana, sin embargo, rompe con este orden entre los objetos y las personas, y pone en el mismo plano a los seres humanos y a los animales. De esta forma, el mismo anuncio publicitario mostraba la deshumanización del esclavo y la verdadera intención de quienes se beneficiaban de este comercio. Así, Zambrana introduce en la novela otra capa de verosimilitud, y coloca al lector frente a una “prueba” de la degradación de la vida bajo el régimen



esclavista, que el lector no puede rechazar ni leer como una simple fantasía. Esa evidencia, por tanto, es otra de las formas en que el Archivo se hace presente en esta obra como un dispositivo de autoridad que le permite al autor legitimar su punto de vista. El anuncio por sí solo es otra muestra de la animalización del esclavo en la sociedad cubana, donde este no puede aspirar a ser más que una cosa, un objeto de posesión, un animal de carga o un instrumento de enriquecimiento para el esclavista. Esta deshumanización se refleja a su vez en las descripciones de Camila en la obra, quien es comparada primero con una gata que se echa a los pies del ama, y luego, por su belleza, con un objeto de lujo (11). Para el narrador, esta cosificación del esclavo durante su venta desintegra los lazos familiares y de tradición que unen madre e hija. ¿Cómo podían conservarse estas uniones familiares si como muestra el anuncio publicitario los hijos y las madres eran vendidos por separado a distintos dueños? ¿Cómo seguir siendo padre, hermano e hijo si no sabía dónde la familia había ido a parar? El anuncio con su lenguaje frío y calculador mostraba hasta qué punto los esclavistas no sentían nada por sus esclavos, y a las autoridades españolas tampoco les importaba. En efecto, como apunta Gwendolyn Hall en *Social Control in Slave Plantation Society* (1971), la Corona española mantuvo siempre una posición ambivalente o muy débil en relación a la prohibición de la separación de las familias de esclavos. Durante las reformas borbónicas, incluso, cuando el Estado trató de incentivar la procreación y el matrimonio entre ellos, la Corona se limitó a prohibir el embarque o la separación de la familia, siempre y cuando no fuera en “perjuicio de tercero” (95). En el Código Negro español, tampoco había una interdicción en cuanto a la separación de las madres de sus hijos, de modo que la novela de Zambrana no solo muestra la hipocresía de los esclavistas, sino también la de la Corona en términos de la ley que regía el sistema.

El anuncio y el testimonio del autor en su texto, no son las únicas pruebas del archivo a las que recurre con el fin de darle fuerza y carácter vivencial a esta novela. Otro ejemplo es una anécdota periodística insertada en la narración que cuenta cómo en La Habana de la década de 1860, unos años antes de estallar el

movimiento revolucionario, una señora de la aristocracia criolla mató a golpes a una de sus esclavas, una joven “con la hermosura de su raza” que seguramente, dice el autor, amaba a alguien. A diferencia del texto anterior, aquí no se reproduce la noticia de forma textual sino que es el autor quien la narra y agrega comentarios como el anterior. Cuando las autoridades recogieron su cadáver encontraron, dice, que “su ama no se había contentado con hacerla azotar. El cadáver mostraba en ciertos puntos los rastros del hierro candente o del agua hirviendo: los médicos no acertaron a descifrar a cuáles de estos dos medios se recurrió para matarla. El martirio, empero, era evidente” (124).

Según Zambrana el caso resonó bastante en La Habana. Emilio Castelar, el estadista español, escribió sobre el asunto, y su artículo fue enviado por el Tribunal Supremo a la Real Audiencia de la Habana. La acusada, adinerada y educada, pasó una noche en la cárcel y luego se fugó. El marido, quien estaba en la casa en el momento en que se cometió el crimen, fue condenado a dos años de privación de libertad. Inconforme con tan solo ofrecer estos datos, afirma el autor que “la culpable vive,” y agrega que él personalmente la conoció, y su comportamiento solamente podía explicarse por el trato diario que recibió desde niña al lado de sus esclavos: “La acostumbraron desde niña a la disciplina de la esclavitud” (124). Esto es, la educación, los privilegios, “la disciplina” y el hábito de maltratar a los esclavos crea en el individuo esclavista un sentimiento de crueldad que se manifiesta en casos como este. El sistema, a través de sus leyes ambiguas y su desprecio por la vida humana, hacía que aun las mujeres mostraran tales excesos de crueldad con lo cual ni siquiera en la mujer, que tanto el Romanticismo como la religión católica habían idealizado, se podía encontrar un rayo de esperanza.

Como dice Joan-Carles Mélich en *Lógica de la crueldad* (2014) al hablar del Marqués de Sade, la crueldad debe aprenderse, porque en el fondo como argumentaba Sade, la compasión era un sentimiento egoísta, contaminado por la religión. Por eso, en las palabras de Mélich “hay que educar el pensamiento, hay que desactivar la compasión, hay que deconstruir la herencia religiosa que se ha heredado” (123). Nuevamente, como demuestra Zambrana, la lógica interpersonal

dentro de la sociedad esclavista está marcada por el poder, la violencia y el sadismo, de lo que es solamente un ejemplo los deseos eróticos de los amos.

Tenemos entonces en la narración de Zambrana otro caso de violencia doméstica contra los negros, una violencia muy común en los ingenios de azúcar, pero menos extendida entre la servidumbre doméstica presente en la novela. A diferencia de otros textos que narran este tipo de agresiones, el causante del crimen no fue un mayoral o un amo siempre deseoso de tener relaciones sexuales con las esclavas. En esta ocasión, una mujer es la asesina, y hay rastros de tortura en el cuerpo de la víctima—a quien se le refería como “sevicia” en el lenguaje jurídico de la época. En su novela, Zambrana agrega que Nicolás Azcárate, un abogado partidario de la causa abolicionista y amigo de Anselmo Suárez y Romero y Domingo del Monte, defendió a la señora porque de esta forma también tendría la oportunidad de poner a la institución esclavista en tela de juicio. Afirma el narrador: “Él pudo decir al tribunal esta palabra terrible! ¿Se horroriza Vd. de lo que ha sucedido? Eso es la ley. Vd. no tiene el derecho de horrorizarse ante la ley” (125). En efecto, como afirma el mismo Nicolás Azcárate en una de sus cartas privadas—la cual le sirvió al nieto para escribir su biografía, *Nicolás Azcárate, el reformista* (1939)—la ley española permitía que los amos golpearan brutalmente a sus esclavos, y el Estado solamente intervendría cuando el castigo era en exceso. En muchos casos, era imposible determinar cuántos latigazos había recibido el esclavo o si el amo se había excedido en la violencia. Por lo tanto, Nicolás Azcárate, quien representó en varias ocasiones a esclavos que fueron brutalmente golpeados por sus amos, encontró dificultades al rebatir la ley o juzgar a los amos que estaban amparados por ella. Entonces, ¿cómo podía condenarse por un crimen de tal magnitud a quien nació con ese derecho, y aprendió de sus padres a tratar de una forma tan despiadada a los esclavos? En este caso la esclava había muerto, y su cuerpo era la mayor evidencia que tenían los abolicionistas cubanos para establecer que el ama se había excedido en castigarla.

En su novela, a pesar que Zambrana dice que la culpable de tal acto todavía vivía en Cuba, no dice su nombre y solo nos da como pista que el hecho ocurrió

unos años antes de la revolución de 68. En efecto, nosotros encontramos que 12 de diciembre de 1865, *la Revista hispano-americana* publicada en España dio a conocer una correspondencia desde La Habana y la noticia de que el Tribunal Superior de Cuba había sentenciado a Da. María Ignacia Becerra a cinco años de encierro y a su esposo D. Félix María Callejas a un año de prisión en una fortaleza por el asesinato de su esclava (113). La severidad del castigo, afirma el corresponsal, se debía a que la esclava había sido “víctima de la más cruel sevicia, de los tormentos más terribles, un crimen perpetrado en la persona de una infeliz criatura con escándalo público” (113).

Ahora quiero enfatizar que, a pesar de que se consideraba la mujer como perteneciente al “sexo débil y bello” en la época, era común escuchar de la boca de los viajeros y de los mismos escritores sobre los casos en Cuba y en Brasil de esclavos y esclavas maltratados o asesinados por mujeres de la aristocracia (Camacho *Miedo negro* 92-95). Ciertamente, Zambrana perpetúa este discurso que muestra la inhumanidad y el sadismo de mujeres blancas cuando castigaban a las esclavas muchas veces por celos o por venganza después que el amo las obligara a tener relaciones sexuales con él. No obstante, la propia cita muestra también la ficción del Archivo, ya que Zambrana limita la anécdota a la noche que pasó la acusada en la cárcel y a su posterior fuga sin mencionar la sentencia. Esto se entiende cuando se reconoce que la ficción es parte también del Archivo, un intento de influenciar al lector, sobre todo en un lugar tan distante del Caribe como Chile, hacia donde Zambrana fue a contar esta anécdota y a clamar por ayuda para la causa independentista, la cual también abogaba por la liberación total de los esclavos. No sabemos, sin embargo, si finalmente el ama cumplió la sentencia a la que fue condenada. Tampoco sabemos su nombre real, y solo podemos colegir por la fecha que fue Ignacia de Becerra, quien, según un obituario aparecido en el periódico *La Lucha*, murió en la Habana el 6 de enero de 1905 (4). Tales datos tomados de la realidad se mezclan con la ficción para mostrar la realidad más cruel, tal como ocurre en otras obras críticas del sistema colonial e incluso de la conquista, como la misma *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. La vivencia personal

se revela como una experiencia superior a la literatura, como una sustancia que no puede ser atrapada por la imaginación o la observación más fina, pero que le confiere autoridad al texto. La realidad, en otras palabras, desborda sus límites y solamente podía mostrar una parte ínfimamente breve de aquella totalidad. Esta es la razón por la cual Zambrana recurre cada vez que puede al poder del Archivo: habla en primera persona de su vida en la manigua, cuenta anécdotas que recuerda, y se refiere a personajes reales como el periodista español Ferrer de Couto.

Según Ottmar, Cirilo Villaverde habría hecho algo similar cuando escribió *Cecilia Valdés* (1882). Su intento de copiar lugares, describir personas tal como eran y referirse a sucesos de la realidad respondía al propósito de legitimar y otorgarle a la obra un “estatuto paralelo al de la autenticidad histórica” (76). En el caso de *El negro Francisco*, no obstante, las referencias a esa realidad proceden de fuentes documentales halladas en la prensa y en el archivo jurídico. Zambrana no trata de mostrar las diferentes formas del habla en Cuba como intenta Villaverde. Aun así, al igual que Villaverde, el género que escoge es la ficción realista, una ficción crítica, ya que casi al final de la novela afirma que era una lástima que los escritores costumbristas se detuvieran casi siempre en los personajes típicos y demás aspectos superficiales de la vida, no en el “estudio de esas arrugas apenas perceptibles en la piel de la sociedad” (*El negro Francisco* 166). Su novela, por tanto, tendría la función de “oscultar” aquel cuerpo lleno de arrugas, o peor, de marcas de tortura, con el objetivo de encontrar la enfermedad que viciaba “sus pulmones” produciendo la “asfixia moral” de los hacendados cubanos (166). Podía no ser un trabajo placentero, se le podría tildar casi de “lúgubre”, afirma, pero de todas formas era necesario hacerlo porque solo el arte podía comunicar estas verdades, motivar y entusiasmar al lector, hasta crear compasión y antipatías, todas ellas “palancas necesarias” para alcanzar “el progreso moral” en cualquier sociedad (166).

No hay duda, pues, que el propósito de esta obra como el de otras del grupo de Domingo del Monte era didáctico y crítico. Se trataba de mostrar los males asociados con la esclavitud e incentivar al lector a combatirlos. A esa realidad,

lamentablemente, eran indiferentes la mayoría de los cubanos blancos, en especial, los que usufructuaban el trabajo del esclavo, de modo que el narrador se propone mostrar esa realidad al lector de la misma forma que Francisco le cuenta a Camila su vida anterior en África. La proximidad de Francisco, y los comentarios que escuchó de su ama al referirse despectivamente al casamiento de un señorito blanco con otra mulata, llevan a la mulata a amar al negro y a sentir un verdadero amor por su madre, que en su momento había sido seducida también por un blanco. ¿Cómo pudo un esclavo “salvaje” producir un cambio tan radical en aquella muchacha? Zambrana lo atribuye al “sentimiento” apasionado de Francisco, ya que si un sentimiento era intenso también era “elocuente y fascinador”: “La elocuencia no es un artificio, es un poder que la naturaleza concede” (68).

Este énfasis en el sentimiento y la elocuencia natural era consustancial a la misma estética romántica y a la idea de que la novela y las situaciones amorosas desgraciadas eran la mejor forma de conmover al lector para que abogara por su causa. En tal sentido, la novela se convierte en otra forma de resolver esta tensión entre la realidad y el texto, entre el artificio y el mundo natural, ya que, si Zambrana retrata un sentimiento de una forma realista, podía llegar a ser “fascinador” como el propio esclavo y a conmover a su público. Por tanto, la literatura intenta constantemente reflejar la experiencia de campo como lo hiciera un antropólogo, un científico naturalista o un viajero de paso por La Habana. Esta pasión en el caso de Francisco hizo posible lo que resultaba en otro contexto imposible de lograr. Afirma el narrador:

Lo que aquel hombre pensaba, sentía, ambicionaba, constituyó las ideas, los sentimientos y las ambiciones de Camila. Las sombrías tradiciones de su raza, el amor a los oscuros símbolos de la patria, representada en ritos extraños, en una poesía salvaje, en un culto más salvaje aun, todo aquello que era tan poco adecuado para conmover e interesar a la joven adquirió a sus ojos un valor extraordinario al ser contado, explicado i defendido por Francisco (sic). (68)

En este fragmento, por consiguiente, Zambrana deja entrever su interés por la cultura africana en Cuba, de igual forma en que lo hizo Anselmo Suárez y Romero cuando escribió su novela y comentó sobre la música de los esclavos minas en su ingenio. Es un discurso sobre el conocimiento del Otro, típico también de la literatura científica, naturalista, y costumbrista del momento, que sirve de correlato a la fundación de la Sociedad Antropológica en España en 1865 y la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en 1877. Sin embargo, es evidente que, a pesar de la simpatía que muestra Zambrana por el esclavo y su cultura ancestral, el autor consideraba sus tradiciones y cultos como algo ajeno a la cultura cubana, y por eso los tacha de “oscuros”, “sombrias,” y “poco adecuad[as]”. Aun así, tal cultura tenía suficiente fuerza como para despertar el amor en Camila y, como la novela también muestra, se equiparaba con el patriotismo que hombres como él demostraron en la guerra. Tales relatos o fábulas “salvajes” son capaces, por consiguiente, de influenciar a la joven mulata que, dado el rechazo por parte de los cubanos blancos de la época, no encontró otra salida que gravitar hacia el calesero y regresar de esta forma a las antiguas tradiciones, cultos y religión de sus antepasados. Era un “retorno a la raza de la que se había alejado con desdén” (68). Si se casaba con Francisco y tenían hijos, estos serían considerados inferiores a ella porque serían más oscuros, pero a diferencia de como ella se sentía hacia la suya, que había tenido relaciones sexuales con un blanco, esta diferencia pensaba Camila, haría que estos sintieran orgullo por ella (68). Este razonamiento responde a la jerarquía racial imperante en la sociedad esclavista cubana, en la que cada cual valía según el color de su piel y se valorizaba todo lo cercano a la raza blanca. Es una forma de pensar muy diferente a la de Cecilia Valdés en la novela del mismo nombre de Cirilo Villaverde, quien prefiere por sobre todas las cosas ser la amante de un blanco antes de casarse con un negro. El plan que Camila y Francisco acuerdan es casarse, vivir en la misma casa y ahorrar para comprarse la libertad. Ambos “harían del amor, del trabajo y la virtud los dioses tutelares de su familia y de su choza” (69). Ante el racismo y la violencia esclavista, la novela de Zambrana



prescribe por consiguiente el ideal que tenía la clase media liberal en Cuba--amor, trabajo, virtud y ahorro—un ideal que veía desdibujado en la juventud blanca criolla que se dedicaba a los juegos de azar, a la vagancia y a concertar matrimonios de conveniencia. No por gusto en 1834, Domingo del Monte escribía en una carta que “la esclavitud doméstica” había producido una serie de males entre los cubanos, entre los que estaban la “laxitud casi mujeril del alma” (1, 333). Ese es el “cancro que nos corroe”, relataba Del Monte, reforzando esa imagen con la enfermedad que acababa con los árboles y los cuerpos. Con razón, Manuel Moreno Fragnals relacionaba esta frase con los personajes masculinos de las novelas antiesclavistas (como Carlos Orellana en la novela de Zambrana y Leonardo en la de Villaverde) que únicamente se dedicaban a satisfacer sus deseos sexuales, andar en berlina y gozar de sus esclavos (249). Moreno Fragnals, sin embargo, ataca duramente estas novelas por encontrar que sus personajes eran ficticios, y no hay duda que los mismos esclavos son más una construcción imaginaria que un retrato fiel de los que vivían en los ingenios. La cuestión está en entender que el mismo trueque jerárquico, en que el esclavo era más virtuoso que los mismos esclavistas, era suficiente para causar escozor en la burguesía de la época y era una crítica profunda al sistema imperante en Cuba. En otras palabras, el negro de estas novelas sería el ideal del blanco, el modelo de ciudadano perfecto que, a pesar de ser tratado cruelmente, como un objeto o un animal de carga, se mostraba superior a ellos por su carácter y su comportamiento. Eran una forma de expresar su humanidad en un mundo que los deshumanizaba o los convertía en una “máquina” de trabajo (*El negro Francisco* 85). En tales casos, el esclavo sería únicamente dueño de sus sentimientos y de las dotes con que la naturaleza lo había bendecido—dotes como el amor, la pasión y la fuerza. Es por ello que su personalidad se construye a partir de las oposiciones binarias que sirven para diferenciar las distintas razas y clases sociales en el siglo XIX, en que uno represente la naturaleza o la selva y el otro, la civilización y el lujo. En tal sentido, nada mejor que los “celos” para demostrar las pasiones más profundas que albergaba Francisco. Cuando el esclavo se da cuenta de las intenciones de Carlos Orellana hacia Camila, tiene un sueño espantoso, en el

cual se ve a sí mismo asesinando al amo con un puñal y es sentenciado a muerte en el garrote. Por un momento durante aquel sueño, Francisco encarna ese “miedo” del amo ante el esclavo al que le ha quitado la mujer, el hermano o la madre. Es el posible asesino, movido por los sentimientos más profundos y apasionados de venganza. En su sueño, dice, se veía que:

Era víctima de una visión espantosa. Creía estar escondido tan pronto en la ciudad como en el campo –tan pronto detrás de un árbol como detrás de una pared- creía estar escondido con un puñal en la mano acechando a alguien, y que de pronto su puñal, impulsado por una fuerza extraña, se hundía en el pecho de un hombre y sus manos se bañaban en sangre. Lo más terrible es que aquella sangre despertaba en él la impresión más deliciosa que hubiese experimentado en su vida. (76)

Esta “visión espantosa” pero “deliciosa” pronto desaparece en su mente. Es como el fantasma que lo atormenta, pero que nunca se materializa en la novela, pero la misma invocación del peligro era suficiente como para alertar al lector de la posibilidad real de que esclavo podía sublevarse y matar a su propietario. Carlos ni siquiera se entera del peligro que corría, y Francisco comienza a pensar que era natural que Camila se enamorara de este, ya que su figura hermosa y la posición de poder que ejercía sobre ella le demostraba que la lucha entre ambos era desventajosa en extremo: “Aquel blanco le parecía un dios. Juzgaba muy natural que Camila lo amase” (77). Por tanto, en su sueño, Francisco ya no es más el esclavo que cumple con su parte del contrato, y acepta su condición de inferioridad en la sociedad. Ya Francisco no lo ve más como un “dios” sino que lo mira con rencor y envidia, dispuesto a exigirle que respete a su mujer. En tal sentido, si en el capítulo anterior Francisco fue capaz de convencer a Camila por la emotividad y la naturalidad de sus palabras y sus sentimientos, en este capítulo, la acción de Carlos y los celos son lo que lo conducen a pensar en asesinarlo. Dice el narrador: “los celos de abajo –los celos de la miseria-, los celos del que lo envidia todo –hasta el

traje- los celos con que un condenado contemplaría el paraíso, le golpeaban las sienes i el corazón” (78). Nótese cómo en esta descripción el narrador utiliza la palabra “celos” para expresar sentimientos que no están verdaderamente relacionados con el amor, ni con un cambio de parecer, o ni siquiera con una acción que podía despertar sospecha. Utiliza la palabra en lugar de “envidia” o de “rencor”. No obstante, al utilizar esta palabra para demostrar sus sentimientos ocultos, la voz narrativa ancla este parecer en lo personal, en los sentimientos, lo que hace notar que este es producto del estado de ansiedad que sentía por Camila. Lo afirma claramente más adelante en el mismo capítulo cuando afirma que “[e]l Hércules tenía envidia al Adonis”, y Francisco hubiera hecho “un pacto infernal” para obtener, a cambio de su “espíritu” y de su cuerpo, la piel “blanca i sedosa” del amo, sus “cabellos perfumados” y sus “palabras de miel” (83).

Este énfasis en los celos como un sentimiento al que no podía sobreponerse el esclavo hay que entenderlo, por consiguiente, dentro de la tradición shakespereana del “Moro de Venecia”, quien asesinó por “celos” a su amada. Shakespeare es el autor que más se menciona en esta narración, y el autor se sirve de varios de sus dramas para analizar los amores de los dos esclavos, en particular de *Romeo y Julieta* y de *Hamlet* (126). Incluso, cuando cuenta más tarde la relación de Carlos Orellana con una cortesana de nombre Lucy, quien termina engañándolo, este afirma que había pensado en seguirla a Europa, pero que “consideraba ridículo el papel de Otelo” (143). Esta vuelta a los valores espirituales, y al discurso de la superioridad física del blanco—aunque el negro tiene la superioridad del espíritu—hace que Francisco siempre parezca como un ser inofensivo, incapaz de rebelarse y tomar la justicia por su mano. No podía haber entonces ningún peligro real ante un esclavo que siempre responde en términos de virtud moral y respeto porque esas virtudes eran las necesarias para que los lectores se identificaran con él y comprendieran su sufrimiento. No obstante, Zambrana tendría que estar de acuerdo con Anselmo en que un esclavo virtuoso era muy raro, ya que él mismo afirmó al inicio de la novela que la esclavitud “mutila” el alma del esclavo de tal forma que todo lo que hay de viril y de noble en ella “desaparece” (10). Por esto, aun en

aquellos lugares donde el narrador muestra a Francisco más dolido, las palabras y las acciones del esclavo siempre regresan a un punto en que el lector blanco permanece a salvo, y aun cuando piensa en matar al amo, su respuesta termina siendo lamentarse y “detestar” la civilización que hacía posible que lo mantuvieran sojuzgado. No hay en él un grito de rebeldía, ni un gesto que amedrente al espectador. Más bien lo que sobresale es una estoica resignación. Francisco, sigue diciendo el narrador, hubiera estado mucho mejor en la selva africana con sus guerreros valerosos y su mujer, pero no. Él a pesar de todos los sufrimientos, prefería a “Camila i el dolor, Camila i la esclavitud, Camila i la muerte” (85). Escogía ambas opciones, por encima de la libertad. Aun así, Zambrana no puede hallar un mejor argumento para expresar la pasión que sentía el esclavo por su amada y los extremos de sacrificio a los que estaba dispuesto a llegar para conquistar su amor. Nada de lo que lo hacía sufrir tanto le hubiera hecho a Francisco cambiar a Camila, según el narrador, por un “trono” en la selva (86).

Esta renuncia significaba la resignación por parte de Francisco no solo a vivir en libertad, sino también recurrir a algún método violento para lograrla. Esa resignación era diferente al caso de Doña Josefa y el niño Carlos, quienes creían que, con todas sus inconveniencias, la esclavitud era mejor para un esclavo que la vida que había llevado antes en África. Según una conversación entre ella y su hijo, doña Josefa afirma que cada día era más difícil encontrar negros bozales por causa de la campaña abolicionista de los criollos y que, por tanto, los negocios no iban tan bien en el ingenio. Se lamenta que otros la critiquen, ya que no veía que “los negros perdieran mucho con la esclavitud”: “¿Qué hacen en su tierra? Viven como animales irracionales, matándose los unos a los otros, i en la ignorancia de nuestra santa religión. De modo, que como dice Ferrer Canto [sic], más bien se les hace un favor con esclavizarlos, porque se rescata su alma del enemigo” (92).

Con tales palabras, Zambrana dejaba claro que, para la aristocracia cubana, el régimen esclavista era muy superior a la vida de la selva, ya que solamente dentro de la sociedad occidental y de la religión católica era que el negro podía salvar su “alma”. Este argumento aparece en varios textos esclavistas de principios del siglo

XIX, y no era más que una forma de justificar la esclavitud. Entre los libros en que se anuncia esta doctrina estaba la *Explicación de la doctrina Cristiana acomodada a la capacidad de los negros bozales* (1818), y el libro de Ferrer de Couto. En la novela de Zambrana, el narrador escribe una nota a pie de página para aclarar que las palabras que había puesto en boca de Doña Josefa eran de Ferrer de Couto, un periodista español, que había escrito muchos artículos, discursos y hasta un libro en favor de la esclavitud (92). Ferrer de Couto estaba en contra de la abolición de la esclavitud, y en efecto escribió libros donde le daba razones a España para seguir manteniendo la esclavitud en la Isla. Según Zambrana:

Ha habido quien escriba sosteniendo que la esclavitud no es una desgracia para el negro. Un periodista español que calificaba de frases huecas los reclamos de los abolicionistas, se tomó el trabajo de averiguar el origen de la trata, i se creyó victorioso, hubo de dar por ganada su causa, cuando supo que el rey salvaje de Dahomey vendía a los blancos los prisioneros de guerra que estaban destinados al sacrificio. (166)

En efecto, en *Los negros en sus diversos estados y condiciones* (1864), publicado en New York cuatro años antes de que estallara la primera guerra de independencia, Ferrer de Couto ofrece varias razones para que su libro se leyera con cuidado y enfatiza la moraleja que se deriva de la historia del rey de Dahomey. Estamos nuevamente en presencia de otro testimonio, de otro documento del Archivo, esta vez esclavista, que el autor cita para defender el derecho de los negros a ser libres. Ferrer de Couto narra cómo el rey de Dohomey, habiéndose propuesto “celebrar una festividad conduciendo sus canoas por un lago de sangre humana” después de batallar por las tierras comarcanas y capturar muchos prisioneros, se propuso sacrificarlos o venderlos. Escribe Couto:

El sangriento cacique había dispuesto vender los cautivos jóvenes y vigorosos, siempre que esto fuera posible, o sacrificarlos como a los demás

si no se presentaba ocasión para la venta: de cuyos pormenores supimos en tiempo hábil las gentes civilizadas para poderlo evitar, por la relación circunstanciada que de ellos publicaron los ingleses que con dichos salvajes mantenían tratos mercantiles. (177)

Por consiguiente, Zambrana retoma la narración pro-esclavista que cuenta el periodista español para demostrar la ficción en la que estaba basada esta institución. Si Ferrer de Couto recurre al archivo imperial, Zambrana deconstruye este archivo para argumentar que este no era más que un ardid filantrópico, ya que Ferrer de Couto no sentía un verdadero afecto por los negros. No le importaba su salvación, sino la labor a través del cual el esclavista se enriquece. Es decir, se resaltan los argumentos retóricos para apropiarse de los cuerpos esclavizados, no como una “verdad” que debe ser seguida. Simplemente, su argumento era otra justificación hipócrita del sistema para mantener la esclavitud y combatir la propaganda en su contra. No es extraño, entonces, que la novela de Zambrana critique al hombre “civilizado” y reivindique los valores culturales, espirituales y morales de los negros de África. Ante el discurso racista que pone como muestra de superioridad la idea del progreso y de ascensión indetenible de las sociedades blancas, Zambrana resalta la pérdida de los sentimientos y de las ideas en el hombre civilizado y le da la superioridad al negro en la modernidad. En tal sentido, rebate claramente los valores morales occidentales sobre los cuales se sostenía la esclavitud, y defiende el derecho del esclavo a disfrutar de su propia cultura. Un argumento del narrador resuena tanto con la crítica de Rousseau a la civilización como con el relativismo cultural de Michel de Montaigne en el siglo XVI:

El hombre civilizado comprende a penas cierto orden de ideas i de sentimientos. Los suyos son en su mayor parte artificiales i llegan a debilitarse en él los que dependen exclusivamente de la naturaleza. Compara, cuando se trata del esclavo, la vida de la civilización con la ruda existencia de la selva i juzga entonces que el negro ha ganado en el cambio.

Pero el negro ama eso que vosotros despreciáis: su bosque inculto, su música grosera, sus costumbres primitivas. Probadle que es feliz, —sed elocuentes i razonadores; su corazón le dice otra cosa muy distinta. (167)

En este caso, Zambrana contrapone la idea del progreso y el lujo, con la vida de los negros en África, y llega a la conclusión de que el hombre civilizado pierde sus sentimientos en ese trayecto y se vuelve artificial implicando posiblemente las costumbres que adopta en la sociedad y los gustos refinados. Introduce una perspectiva relativista que juzga al hombre moderno por lo que él “comprende”, cuando poco después nos dice que tal comprensión es errada o limitada porque “el negro ama eso que vosotros despreciáis: su bosque inculto, su música grosera, sus costumbres primitivas”. Lógicamente, los adjetivos que utiliza para identificar su música y costumbres “primitivas” son las que usarían un hombre “civilizado” como él que lee este texto. En su argumento, la subjetividad del negro aún se limita a la naturaleza y a los sentimientos, mientras que los blancos poseen la racionalidad y la artificialidad. No obstante, recordemos que el Romanticismo pone el sentimiento por encima de ambas, con lo cual Zambrana desestabiliza la relación que siempre se había establecido entre ellos. El negro, en este caso, ocuparía la misma posición de la mujer, guiada por las emociones y el “corazón”, mientras que los hombres se regían por el razonamiento. A pesar de estos rezagos típicos del discurso o la episteme de su época, la novela de Zambrana supera las que se publicaron antes al mostrar, por un lado, la falacia de justificar la esclavitud en base de la salvación de sus almas y, por el otro, la consciencia culpable de Carlos Orellana, un amo que renuncia a sus esclavos y se va a los Estados Unidos a luchar por su emancipación¹.

No podía ser de otra forma cuando sabemos que Zambrana fue un partidario del independentismo que criticaba todo aquello que justificaba la esclavitud y que

¹ Para más detalles de cómo Antonio Zambrana y otros escritores antiesclavistas de esta época hablan de la esclavitud y de la lucha en los Estados Unidos para referirse a la independencia de Cuba, véase mi libro *Amos, siervos y revolucionarios: la literatura de las guerras de Cuba (1868-1898). Una perspectiva transatlántica*. (Iberoamericana /Vervuert, 2018).

iba en contra de la liberación de Cuba. Por eso, según este, los argumentos de Ferrer de Couto no tenían base moral y se convertían en otra justificación u otra falacia de los dueños de esclavos para apuntalar el sistema. De esto se desprende que, para sus partidarios, los esclavos no eran más que un medio para conseguir un fin, y sus excusas, una justificación burda e hipócrita de un sistema moral y materialmente corrupto. La novela de Zambrana desnuda las razones que dio la sacarocracia criolla y sus letrados para mantener la esclavitud en Cuba. No solamente combate el sistema a través de la representación que suponía la violencia, y los maltratos de los negros como hicieron los escritores que se reunieron alrededor de Del Monte, sino que va más lejos y confronta y rechaza las bases teóricas en las que se apoyaba el sistema. Rechaza la supuesta filantropía del magnate y la religión católica para “salvar” su alma a costa de su cuerpo. Ninguna de las dos justificaba la esclavitud, que desde inicio de la colonización vino acompañada con la promesa de la redención espiritual para los indígenas. Para Zambrana, estaba claro que el esclavo tenía derecho a ser libre, pero, ante la fuerza de la institución esclavista, tenían muy pocas esperanzas de lograrlo.

El negro Francisco de Antonio Zambrana debería estudiarse como una crítica imprescindible a la sociedad esclavista cubana, ya que muestra los mecanismos deshumanizantes al que recurrían los amos para justificar el cautiverio o la inferioridad de los negros. Si las novelas anteriores se enfocaban en la violencia de los esclavistas y la mansedumbre del esclavo, Zambrana apoya sus argumentos con la autoridad de Archivo periodístico y legal colonial. Por un lado, mostró cómo los esclavistas consideraban a los negros igual que los animales y los clasificaban de la misma forma en los anuncios publicitarios. Por otro lado, ilustró cómo estos mismos esclavistas justificaban la esclavitud en base de un argumento filantrópico: el haberlos sacado del África para darles los beneficios de civilización occidental y de la religión católica. De esta forma suponían recompensar al esclavo por el trabajo que hacía en el ingenio trabajando hasta 18 horas diarias, sin su familia cercana y a expensas de los deseos del amo. Finalmente, Zambrana cita un caso jurídico, de una mujer que mató a golpes a una de sus esclavas y fue condenada por ello y hace

que al final de su novela, Carlos Orellana tome consciencia de su crimen, y decida abandonar Cuba y se vaya a luchar con las tropas de Abraham Lincoln en los Estados Unidos por la libertad de 4 millones de esclavos.

Bibliografía

- Azcárate Rosell, Rafael. *Nicolás Azcárate, el reformista*. Trópico, 1939.
- [Anónimo] “Señor director de la Revista Hispano-Americana.” *Revista Hispano-Americana. Política, Económica, Científica, Literaria y Artística*, vol. 4, no. 23, 1865, pp. 112-114.
- Camacho, Jorge. *Miedo negro, poder blanco en la Cuba colonial*. Iberoamericana-Vervuert, 2015.
- _____. *Amos, siervos y revolucionarios: la literatura de las guerras de Cuba (1868-1898). Una perspectiva transatlántica*. Iberoamericana /Vervuert, 2018.
- Duque de Estrada, Antonio Nicolás. *Explicación de la doctrina cristiana acomodada a las capacidades de los negros bozales*. Oficina de Arazoza y Soler, 1818.
- Del Monte, Domingo. “Carta a Gener.” Matanzas 4 de Julio de 1834. Domingo del Monte. *Centón Epistolario*. vol. 1, La Habana, pp. 331-34.
- Ette, Ottmar. “‘El realismo, según lo entiendo’: sobre las apropiaciones de realidad en la obra de Cirilo Villaverde.” *Apropiaciones de la realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Editado por Hans-Otto Dill, et al, Iberoamericana, 1994, pp. 75-89.
- Ferrer de Couto, José. *Los negros en sus diversos estados y condiciones: tales como son, como se supone que son, y como deben ser*. Impr. de Hellet, 1864.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y Archivo, una teoría de la narrativa latinoamericana*. Trad. Virginia Aguirre Muñoz. Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Hall, Gwedolyn Midlo. *Social Control in Slave Plantation Societies. A Comparison of St. Domingue and Cuba*. Johns Hopkins University Press, 1971.
- Martí, José. *Obras Completas*. 28 vols. Editorial Nacional de Cuba, 1963-75.
- Manzano, Juan Francisco. *Autobiografía del esclavo poeta y otros escritos*. Ed. William Luis. Vervuert, 2007.
- Mélich, Joan-Carles. *Lógica de la crueldad*. Herder Editorial, 2014.



- Moreno Fraginalls, Manuel. “Nación o plantación: el dilema político cubano. Visto a través de José Antonio Saco.” *Estudios históricos americanos*, homenaje a Silvio Zavala. El Colegio de México, 1953, pp. 241-272.
- Obituario de “La Sra. María Ignacia de Becerra, viuda de Callejas.” *La Lucha*. 6 de enero de 1905, p. 4.
- Suárez y Romero, Anselmo. *Francisco*. N. Ponce de León, 1880.
- Williams, Lorna Valerie. *The Representation of Slavery in Cuban Fiction*. Columbia: University of Missouri Press, 1994.
- Zambrana y Vázquez, Antonio. *El negro Francisco. Novela original de costumbres cubanas*. Imprenta de la Librería del Mercurio, 1875.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System, University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).